

FACULTAD DE JURISPRUDENCIA
UNIVERSIDAD CATOLICA DE SANTIAGO DE GUAYAQUIL

CONSEJO DIRECTIVO

Dr. Gustavo Ortega Trujillo	Decano
Lcda. Margarita Cedeño de Armijos	Sub-Decana
Lcda. Cecilia Ansaldo Briones	Directora Escuela de Derecho
Lcda. Rosa Azúa Pincay	Directora Escuela Trabajo Social
Ab. Ricardo Vanegas Cortazar	Presidente de la AEDUC
Sr. Carlos Proaño Manosalvas	Vicepresidente de la AEDUC
Srta. Noemí Jaramillo Loaiza	Presidenta de la AETSUC-G
Ab. Heinz Moeller Gómez	Rep. Principal del Cuerpo Docente
Ec. Mercedes Arellano de Duque	Rep. Alterna del Cuerpo Docente
Ab. Alejo Pérez Limones	Coordinador Académico
Ab. Amasilia Ycaza de Emen	Secretaria Abogada

CONSEJO DE ESCUELA

Lcda. Cecilia Ansaldo Briones	Directora Escuela de Derecho
Dr. Ricardo Noboa Bejarano	Rep. Principal del Cuerpo Docente
Dr. Carlos Estarellas Velásquez	Rep. Alterno del Cuerpo Docente
Ab. Ricardo Vanegas Cortazar	Presidente de la AEDUC
Sr. Carlos Proaño Manosalvas	Vicepresidente de la AEDUC
Ab. Alejo Pérez Limones	Coordinador Académico
Ab. Amasilia Ycaza de Emen	Secretaria Abogada

Director de la Revista Jurídica
Dr. Jorge Egas Peña

Coordinador
Abog. Miguel Hernández Terán

Revista Jurídica

Facultad de Jurisprudencia
y Ciencias Sociales y Políticas
de la
Universidad Católica Santiago
de Guayaquil

1991/3

La responsabilidad por los hechos e ideas contenidos
en esta publicación es exclusivamente de los
respectivos autores.

SUMARIO

PRESENTACION	7
<i>La Encíclica Rerum Novarum"</i>	9
COLABORACION DOCENTE	
CIVIL	<i>Las Ultimas Reformas al Código Civil - Ley # 88</i>
Dr. Juan Larrea Holguín	21
LABORAL:	<i>Los Efectos de la Determinación de la Cuantía de los Juicios Individuales de Trabajo.</i>
Ab. Roberto Guevara Aguirre.	45
SOCIOLOGIA	<i>El Rol del Derecho en el Desarrollo Económico.</i>
JURIDICA:	Dr. César Coronel Jones.
MERCANTIL	<i>Los Almacenes Generales de Depósito: Su Quehacer Económico y Razón Jurídica</i>
Dr. Jaime Ortega Trujillo.	59
CONSTITUCIONAL:	<i>De las Autonomías Regionales:</i>
Dr. Galo García Feraud.	69
BANCARIO:	<i>Las Implicaciones Jurídicas de la Utilización del término los Contratos Bancarios</i>
Dr. Gustavo Serrano Bonilla	81
COLABORADORES INVITADOS:	
CRIMINOLOGIA:	<i>Criminalidad de la Infanto-adolescencia: Factores Criminógenos Externos .</i>
Dr. Alfonso Zambrano Pesquel.	101
PENAL	<i>Accidentes Deportivos y Derecho Penal -</i>
Dr. Miguel Hernández Terán	117
CONSTITUCIONAL.	<i>Fundamentación del Proyecto de Reformas al Tribunal de Garantías Constitucionales -</i>
Dr. Milton Alava Ormaza	133
NOTARIAL	<i>Doctrina de la Eficacia Legal de los Documentos Notariales -</i>
Dr. Hugo Amir Guerrero Gallardo	147
.....	<i>Concurso sobre la Vigencia de las Ideas de la Doctrina Social de la Iglesia.</i>
.....	<i>Trabajo Coganador del Primer Premio</i>
.....	<i>Pseudónimo: Liberatis Conciencia -Autor:</i>
Lcdo. Fernando Chávez	155
SECCION PERMANENTE:	
ALEGATOS:	<i>1)Impugnación ante el Tribunal de lo Contencioso Administrativo de resoluciones expedidas por la Superintendencia de Compañías sobre Intervención y Disolución de una Sociedad Anónima -</i>
Dr. Jorge Egas Peña	191
.....	<i>2)El Sucre es en el Ecuador la única moneda que tiene curso legal y poder ilimitado -</i>
Dr. José Alvear Ycaza	205
COMENTARIOS	<i>La Promesa de Compraventa de inmuebles por instrumento privado -</i>
DE FALLOS	Ab. Garol Geiger
.....	221
CRITERIOS	
SOCIETARIOS:	<i>El Objeto Social.</i>
.....	225
COMENTARIO DE	
LIBROS JURIDICOS	227
INDICE DE LEGISLACION	237

PR ESENTACION

El quince de mayo se cumplió el primer centenario de la promulgación de la Encíclica Rerum Novarum, por parte del Pontífice León XIII.

Este documento contribuyó notablemente a orientar a la opinión pública mundial sobre la llamada cuestión social que gravitaba pesadamente sobre la sociedad decimonónica -- y que gracias a sus claras definiciones sobre la manera como deben conducirse las relaciones obrero-patronales y el papel que le corresponde al Estado frente a ellas, lograron superarse, por lo menos en teoría, las diferencias supuestamente insalvables entre los dos sectores.

No podemos desconocer que las denuncias de la iglesia sobre las relaciones industriales, junto con las críticas a los excesos de la sociedad liberal efectuadas por Carlos Marx y otros pensadores del siglo pasado, fueron los elementos que más contribuyeron para la renovación de la legislación social del siglo veinte; y, con ello, al mejoramiento efectivo de las condiciones de vida del mundo moderno.

Sin embargo, el instrumento pontificio mantuvo una clara y frontal oposición a las tesis comunistas, cuyo fracaso vaticinó con cien años de anticipación.

La Doctrina Social de la iglesia, fundamentada en los principios eternos de la justicia y caridad cristiana, ha demostrado su fortaleza al mantenerse incólume y a la vez renovada frente a los cambiantes fenómenos sociales; y, hoy, al igual que ayer, se pronuncia vigorosamente contra los excesos de una sociedad materializada, no por la ideología derrotada, sino por los excesos del consumismo y el afán desmedido de la acumulación de riquezas para la satisfacción de placeres vanos, antes que por la superación individual y el mejoramiento de las condiciones de vida de la colectividad

Por ello, hemos considerado oportuno conmemorar el centenario de la expedición de aquel documento contentivo de conceptos tan inspiradores para el destino de la humanidad, incluyendo en nuestras páginas las doctas palabras del Arzobispo de Guayaquil y en nuestra próxima entrega el enjundioso estudio realizado por el alumno ganador del Concurso que, sobre la Encíclica Rerum Novarum, organizara la Facultad de Jurisprudencia y Ciencias Sociales y Políticas de la Universidad Católica de Santiago de Guayaquil.

La Dirección.

LA ENCICLICA "RERUM NOVARUM"

Por: Dr. Juan Larrea Holguin
Arzobispo de Guayaquil

Al cabo de cien años de la publicación de la gran encíclica de doctrina social de León XIII, la bibliografía sobre ella resulta inabarcable : una multitud de ensayos, análisis minuciosos, interpretaciones, estudios críticos, han enriquecido las ciencias. Incontables congresos y reuniones de estudio, cursos y conferencias, han servido para **desentrañar los** tesoros de sabiduría allí contenidos.

Más importante aún que lo anteriormente dicho, ha sido la viva preocupación suscitada en los pastores de la Iglesia por los temas sociales en cuanto tienen relación con la religión y la moral, en cuanto exigen la aplicación de las normas de la justicia y la caridad. En los diversos niveles de la jerarquía de la Iglesia no han faltado iniciativas para estudiar, interpretar y aplicar las líneas directivas de la **Rerum Novarum**, desde la actividad parroquial y diocesana, hasta la Suprema Cátedra del sucesor de Pedro. Pio XI completará y actualizará la Carta Magna del cristianismo social, en su encíclica *Quadragesimo Anno*; Pio XII conmemoró los cincuenta años, con un célebre Mensaje radiodifundido en el que, como en otros importantísimos actos de este esclarecido Pontífice, asombró al mundo tanto por la sabiduría como por **la** valiente claridad de sus enseñanzas. Siguieron las encíclicas *Mater et Magistra* *Pacem in Terris* y *Populorum Progressio*, siempre sobre las huellas de la de 1891, pero con aplicaciones a los nuevos problemas del mundo contemporáneo y con miras más amplias, que trascienden las simples relaciones obrero-patronales. Los documentos del Concilio Vaticano II, principalmente la Constitución Apostólica **Gaudium et Spes**, constituyen otras importantísimas fuentes que se alimentan **de la Rerum Novarum** y que acrecientan su caudal de Sabiduría. **Paulo VI** conmemoró los ochenta años con la importantísima Carta al **Card. Roy**. El actual Pontífice nos ha regalado *Laborem Exercens* y *Sollicitudo rei socialis*, además de anunciar una tercera encíclica sobre

un tema que está tan en su corazón, que aflora en muchos **otros documentos**, exhortaciones, homilías y discursos, que completan una doctrina depuradísima y englobante de todos los asuntos que **interesan al hombre** como ser social : la familia, la educación, **la política, el trabajo**, la economía, las organizaciones y estructuras propiamente sociales.

Con tal abundancia de doctrina segura, fundada en **el Evangelio** y expuesta con imparcialidad, con amor paterno, con especiales luces del Espíritu Santo, el pueblo de Dios podía adentrarse con plena seguridad por los peligrosos laberintos de la sociedad contemporánea, **en medio** de la difusión apasionada de ideologías extrañas, a veces impuestas tiránicamente por la dictadura, por la invasión, la guerra civil o la guerra internacional. Muchos y grandes han sido los errores difundidos **en** nuestro mundo en el siglo XX, y casi todos derivados del pensamiento materialista de Marx o de los extremos individualistas y ateos de **la** Revolución Francesa. Se han impuesto como dogmas a jóvenes y **niños**, las doctrinas más extraviadas sostenidas por una propaganda hábil, sutil, constante y que se ha valido de la literatura, el teatro, el cine, la radio, la prensa, la televisión, los idearios de los partidos políticos y a veces, hasta la predicación desorientada de algunos pastores más atentos a la voz de los extraños que a la voz del Supremo Pastor.

Si grandes han sido los motivos de desviación, hasta el punto de que por momentos parecía triunfar universalmente el comunismo, más poderosa resulta siempre la protección de Dios a su Iglesia, que, en medio de persecuciones y debilidades, con crisis y carencia de medios, mal entendida y resistida por muchos, sin embargo no se cansa de sembrar la verdad y el bien. Hasta qué punto la doctrina social de la Iglesia ha influido realmente en el mundo contemporáneo ?.

Resulta difícil contestar a esta pregunta. En términos generales podríamos arriesgar el juicio de que sí que ha influido, y mucho. No sólo poniendo una barrera a la propagación del error, combatiendo el ateísmo teórico y práctico, reconciliando a los hermanos y reemplazando con la caridad la lucha de clases, sino infundiendo un hálito nuevo al mundo, unas aspiraciones superiores de respeto a la dignidad humana, unos anhelos de colaboración, de solidaridad, de unidad, de paz, de concordia.

No se exagera al decir que cuanto hay de constructivo en el mun-

do actual, se debe al cristianismo. Ya afirmaba Justino, en el siglo II, que el cristianismo es como el alma para el mundo, y ahora lo constatamos más que nunca. Aún en las extraviadas doctrinas colectivistas y en los excesos mercantilistas, aún en las posturas que pretenden alejarse totalmente de Dios, no logran dejar de lado la sabiduría cristiana, algo de sus claras luces resplandece entre tantos errores, algo de bondad supera los intentos de sembrar el odio y de hacer del enfrentamiento entre los hombres el motor de la historia como infamemente han pretendido el marxismo y sus secuaces.

El influjo de la doctrina social de la Iglesia en la mentalidad, las costumbres, la legislación y los sistemas económicos y políticos, es muy considerable, aunque, naturalmente, diverso según los países y los tiempos. Desde la realización de algunos intentos de institucionalizar los ideales sociales del cristianismo, hasta la oposición más violenta a ellos, hay toda una gama de realidades, pero, casi no se puede hallar una nación en el mundo, en la que estos principios no hayan tenido repercusión.

Examinemos con algún mayor detenimiento los principales *aspectos*.

Un avance notable consiste en la clarificación de cual tarea corresponde a la Iglesia en estas materias. Progresivamente, los documentos pontificios y el Magisterio episcopal, han ido reafirmando que la Iglesia no tiene una competencia técnica o rigurosamente política en materia social, sino que le corresponde iluminar con las luces de la revelación y los principios del Derecho Natural la realidad del hombre, del mundo y de las relaciones sociales, La Iglesia es portadora y Maestra, de la verdad religiosa, de la verdad moral, y las relaciones con Dios así como las normas éticas, penetran en todas las situaciones humanas y tienen mucho que decir sobre ellas. Pero la Iglesia no asume una postura partidista o ideológica, no tiene un programa económico, social o político propio, ni se constituye en patrocinadora de ninguno *en particular*. Señala sí, lo que resulte incompatible con el Evangelio, lo que no puede aceptar o adoptar un católico; condena los fines y los medios inmorales; señala las metas de virtud, de servicio de Dios y de **servicio** a la humanidad, y deja amplísimo campo de acción a la libertad de los hombres para moverse, dentro de aquellos límites, y encontrar **las soluciones adecuadas**, que no tienen por qué ser únicas.

Estos conceptos han penetrado bastante en la conciencia general, aunque todavía haya quienes no saben o no quieren distinguir la función propia de la Iglesia y aunque no resulte infrecuente que en la prensa se trate de dar interpretaciones políticas a las actuaciones y sucesos eclesiásticos. Las personas medianamente formadas, distinguen, además, claramente, la acción de la Iglesia como tal, de las opiniones, declaraciones o actitudes de tal o cual miembro de la Iglesia, aunque pertenezca a la Jerarquía de ella. La Iglesia somos todos los bautizados que permanecemos fieles a la misma fe, la misma disciplina, los mismos sacramentos y obedecemos a la Cabeza universal, el Romano Pontífice; y toda esta Iglesia, Cuerpo Místico de Cristo, extendido por el mundo entero, vive y practica el Evangelio, y trata de aplicarlo a las variadísimas circunstancias. A la Jerarquía le corresponde enseñar, dirigir, corregir, estimular, animar a todos los demás, y esta misión, en materia social se ha vivido cada vez con mayor responsabilidad en la Iglesia de los tiempos modernos. La difusión y enseñanza de las directivas pontificias ha ocupado un lugar destacado en las cátedras de Universidades Católicas y otros institutos, en la predicación, en Cartas Pastorales y múltiples instrumentos de catequesis. Mucho más habrá aún que hacer, pero no se puede negar un gran empeño en tal sentido.

La Iglesia jerárquica y muchos de los simples miembros de la cristiandad, han dado también ejemplo al preocuparse de aplicar prácticamente la doctrina social a sus propias actividades. No faltan, como sucede inevitablemente, excepciones, manchas deshonorosas, de injusticias cometidas por quienes debían dar buen ejemplo, pero estos lunares no quitan a la Iglesia la gloria de haber promovido eficazmente la preocupación del mundo entero por remediar múltiples necesidades e injusticias.

La mayor precisión respecto de la función propia de la Iglesia ha contribuido a que las grandes ideologías equivocadas que han primado en estos años, se sometan a inexorable crítica y terminen en el merecido desprestigio. Después de unos años en que el marxismo se paseaba con aires triunfales por los diversos continentes, esa ideología atea, antinatural, contraria a la humanidad, a la solidaridad humana y destructora hasta de la sana economía, ha caído en total desprecio; otro tanto está sucediendo con los excesos del capitalismo manchesteriano, de las ideologías igualmente ateas **de quienes colocan como**

supremo valor la ganancia económica, con desprecio de la dignidad humana. Bien sabe el mundo entero que estos extremos han sido múltiples veces condenados por la Iglesia; a penas si quedan reductos obstinados y ciegos de individuos que pretenden hacer conciliables los principios ó los análisis, o los procedimientos marxistas con el cristianismo. Las dos grandes Instrucciones de la Sagrada Congregación para la Doctrina de la Fe, han desenmascarado los errores de la llamada " Teología de la Liberación ", que precisamente trataba de confundir el fin propio de la Iglesia, de desvirtuar la interpretación auténtica de la Sagrada Escritura, de abandonar los principios de la Doctrina Social de la Iglesia, para inspirarse en los errores del marxismo.

Se ha despejado también la falsa idea que llegó a confundir a algunos, pensando que la doctrina social de la Iglesia constituye una solución intermedia entre marxismo y capitalismo; olvidando que solamente le corresponde señalar los errores de aquellos sistemas y apuntar " principios de reflexión, criterios de juicio y directivas de acción" (SAS, 8), con los cuales, libremente pueden y deben formarse las personas sus propias convicciones técnicas y aplicarlas a las continuamente cambiantes circunstancias. Pío XII dejó absolutamente formulados **estos dos** principios, en su Alocución de 29 de abril de 1945, y parece que ya no se confunde la Doctrina Social de la Iglesia, con una ideología o con un sistema económico o político, sino que se busca acertadamente en ella, las grandes orientaciones y estímulos para plantear **adecuadas** y múltiples soluciones a los problemas sociales.

Otra conquista importante consiste en la mayor conciencia de la dignidad humana, que está en la base de las enseñanzas, no sólo de **León XIII** y de los sucesivos Pontífices, sino en la entraña misma del **Evanglio**, en la predicación de los Padres y Doctores de la Iglesia desde los primeros siglos, e innegablemente acentuada en el Magisterio de **las más** recientes centurias, así como en el pensamiento de múltiples escritores laicos católicos, lo mismo que teólogos eclesiásticos.

El aprecio de la dignidad humana ha inspirado reformas legales, convenciones internacionales, actividad de academias y sociedades de **diversa** índole y se ha plasmado en las grandes declaraciones de Derechos Humanos, de la ONU, de la Organización de las Naciones Americanas, del Consejo de Europa, etc. También en las normas básicas de muchas Constituciones Políticas, tanto del Ecuador como de otros

Estados, el concepto de la dignidad humana ocupa el lugar que le corresponde e inspira el reconocimiento y la formulación de los derechos fundamentales. Hay sí que lamentar algunos retrocesos en tan importante aspecto, precisamente debidos al desconocimiento o negación de la doctrina de la Iglesia. Si por una parte se proclama la dignidad del hombre, por otra se le conculca terriblemente al aceptar medidas discriminatorias por motivos raciales, culturales o de cualquier clase; se atenta contra la dignidad del hombre al desconocer el derecho a la vida de toda criatura humana, desde su concepción y al condenar inmisericordemente a la muerte a los enfermos, a los ancianos o minusválidos. El aborto, los anticonceptivos, las manipulaciones genéticas, la fecundación contra las leyes de la naturaleza, los experimentos con el ser humano, pequeño o grande, nacido o no nacido, sabio o ignorante, serán siempre injustificables atentandos contra la dignidad humana, además de gravísima ofensa al Creador.

Los abusos del llamado " Liberalismo Manchesteriano " o del economicismo inhumano cultivado en los países capitalistas, llevaba a los obreros a situaciones intolerables de inseguridad, de inestabilidad, de perjuicio para su salud moral y física, de explotación; aquellos graves atentados contra la dignidad humana, han sido denunciados valientemente desde la *Rerum Novarum*, cada vez con mayor vigor y aún precisando detalles que han permitido corregir muchos de aquellos males. Cuando León XIII tuvo la heroica valentía de condenar los abusos del capitalismo y de condenar a la vez los principios, las aplicaciones y las consecuencias del marxismo, prácticamente estos dos sistemas se repartían el mundo, y frente a los dos, la Iglesia se encontraba en una situación precaria: perseguida, aquejada por la cuestión Romana —la privación violenta de los Estados Pontificios—, atacada por una falsa ciencia presuntuosa, infatuada por los notables descubrimientos del siglo XIX; y en ese ambiente hostil, los Pontífices Romanos proclamaron los derechos de los trabajadores y exigieron soluciones inspiradas en la justicia y la caridad, conseguidas por los caminos de la concordia, sin violencias y sin lucha de clases. Podía parecer una utopía irrealizable, y sin embargo, con una mirada de perspectiva histórica, las pocas décadas transcurridas resultan un tiempo relativamente breve para lograr los grandes avances que se han conseguido.

Es preciso que ahora todas las personas con sentido cristiano nos esforcemos conjuntamente por lograr el pleno triunfo del respeto a la

dignidad humana, en todos sus aspectos, en lo individual y lo colectivo, en lo referente al santuario del hogar doméstico y la vida política, **en el respeto a** la vida que apenas surge y la que se está extinguiendo por la enfermedad o la vejez, y por el reconocimiento plenario de los derechos de todo trabajador, tanto manual como intelectual.

Una de las conquistas más importantes de la Doctrina Social de la Iglesia ha sido la de inculcar la urgente necesidad de asegurar a todos los hombres el derecho al trabajo y su justa remuneración. Los dos aspectos, derivan de la consideración de la dignidad humana, y se complementan, a la vez que resultan difíciles de conseguir satisfactoriamente, con lo cual tenemos un constante desafío a la creatividad y **capacidad organizadora**.

Efectivamente, ya que el hombre ha sido creado para trabajar, tiene derecho a poder hacerlo y hacerlo en condiciones humana, **dignas** y que aseguren su propia subsistencia y la de su familia.

Conseguir el pleno empleo, resulta muy difícil en una sociedad **egoísta** y desorganizada, pero la doctrina de la Iglesia nos estimula a poner los medios adecuados, con la seguridad de que sí es posible conseguir tan noble empeño. Se puede apreciar el grado de eficacia de la doctrina social de la Iglesia por el grado o proporción de empleo logrado en una sociedad. En este aspecto hay que reconocer que en el Ecuador, se nota un retroceso muy perjudicial en los últimos años, y se requiere una fuerte reacción para mejorar la condición laboral.

Más complicado resulta mejorar los salarios simultáneamente con **el** fomento de mayor número de puestos de trabajo. Si se dejara actuar simplemente las leyes económicas, parecería que hay que sacrificar uno de los dos extremos; pero si, con un anhelo intenso de justicia y caridad, se pone al servicio de los dos ideales la capacidad entera de la sociedad, tanto del sector privado como del público, se puede y se debe mejorar el índice de empleo a la vez que se obtengan también salarios satisfactorios.

La Encíclica Rerum Novarum planteó ya estos dos graves problemas, y las sucesivas intervenciones del Magisterio Pontificio y Episcopal, han insistido en tan importantes cuestiones. Así se ha logrado desterrar conceptos materialistas, puramente económicos, como el de

considerar la fuerza de trabajo como una mercancía sujeta a las leyes de la oferta y la demanda; así también se ha censurado los conceptos inspirados en el materialismo marxista, que reducirían el aprecio debido al trabajo a una mera cuestión de mejor remuneración, y ésta conseguida por las presiones y violencias propias de la lucha de clases. La doctrina cristiana, en cambio, destaca la dignidad del trabajo y las exigencias de las grandes virtudes de la justicia y la caridad, para establecer, mediante el coordinado empeño de autoridades y súbditos, una adecuada remuneración, que no constituye sin embargo el único fin ni la meta de una saludable reforma social, aunque sí sea punto de capital interés.

Los intentos socialistas de suprimir el salario, se han demostrado totalmente ineficaces y contraproducentes. La eliminación de la propiedad privada y de la remuneración del trabajo resultan paralelamente inhumanas y contrarias al bien común y a los derechos de la persona y de la familia. La Doctrina Social de la Iglesia ha defendido ambas instituciones, señalando a la vez sus límites, su necesaria regulación, su responsabilidad social. La propiedad privada y el salario, pueden y deben distribuirse con justicia y caridad, pueden y deben contribuir al bien personal y al bien común, pueden y deben ser estímulo para el progreso material, cultural y hasta espiritual.

También esto nos plantea la apreciación de cual sea el grado de cristianismo práctico vivido en nuestra sociedad. Si se alcanza que los ecuatorianos tengan salarios que permitan una vida de calidad aceptable, sin pasar penurias o sufrir restricciones inconvenientes, si pueden educar debidamente a sus hijos y recibir con alegría incluso una familia numerosa, entonces podríamos calificar a la sociedad de plenamente cristiana, en este aspecto. Otro tanto, dígame de la vivienda: probablemente no existe otro índice más revelador de la justicia o injusticia de una sociedad que éste: Si todos pueden disfrutar de una vivienda digna, esa sociedad cumple los postulados del Evangelio, pero si abunda el tugurio, si muchedumbres enteras carecen de los servicios más elementales, si hay familias que apenas pueden cobijarse bajo un miserable techo o no tienen ninguno, entonces es preciso reconocer que hay una grave deficiencia en el sentido cristiano de esa sociedad y que se requieren urgentes reformas, que tal vez sea preciso renunciar a otras obras o adelantos, porque primeramente se ha de cuidar la vivienda digna de todos los habitantes.

El camino iniciado hacia el salario justo sin duda ha avanzado, pero aún se requiere conseguir una justa remuneración para algunos trabajos, considerados marginales o poco apreciados, aunque algunos de ellos son de vital importancia para la humanidad, como lo son las labores domésticas, el cuidado del hogar y la familia. También se da la injusticia de que labores de alta calidad intelectual, como las de artistas, literatos, organizadores, filósofos, etc., no se compensan adecuadamente.

Podemos estar bastante satisfechos de cómo ha penetrado en la conciencia de los pueblos y se ha concretado en muchas legislaciones, lo referente a las condiciones del trabajo: la limitación de la jornada, los necesarios descansos, la regulación del trabajo de mujeres, niños, inválidos y subdesarrollados. Positivo resulta también el balance de la difusión de la seguridad social, en casi todo el mundo, aunque a veces la calidad, prontitud y eficacia de los servicios adolezcan de notables deficiencias. En el Ecuador, además, la extensión del ámbito de protección del Seguro Social aún deja que desear. Todos estos aspectos vitalísimos de la doctrina de la *Rerum Novarum*, siguen desafiando al pensamiento y la acción de los cristianos, para que logremos soluciones eficaces y que beneficien a la sociedad entera, sin discriminaciones ni exclusión de nadie.

La doctrina de la Iglesia ha proclamado siempre la naturaleza social del hombre y consiguientemente su derecho de asociarse. La enseñanza de los Pontífices, sobre todo desde Pío XI, destaca además, el principio de subsidiaridad, según el cual, lo que puede ser realidad por una sociedad menor, no debe ser absorbido por otra superior; así, no se debe privar a la familia de sus funciones propias ni transferirlas al Estado, y las sociedades laborales pueden y deben conseguir muchos progresos sociales por sí mismas. Estas agrupaciones, se propugnan en la *Rerum Novarum*, no como instrumentos de enfrentamiento y de lucha social, sino, al contrario, como medios de integrar la sociedad, de solucionar conflictos y de fomentar la solidaridad. Es posible organizar estas agrupaciones exclusivamente de obreros, o también uniendo a empleadores y empleados, en uno u otro caso, se trata de hacer prevalecer la justicia y la caridad, respetando siempre el bien común. La variedad de asociaciones que se han dado en el siglo XX, resulta casi imposible de clasificar y determinar, y ha habido de todo, más o menos inspiradas en estas sabias directrices, o también envene-

nadas por el odio de clases y dirigidas a la violencia, a la destrucción, a agravar los problemas sociales. Pero el buen criterio de los pueblos, poco a poco va depurando del excesos y desechando lo que no hace más que multiplicar los males. Una legislación sabia, debe también distinguir lo justo de lo injusto, y dentro del respeto a la libertad, impedir que se abuse de ella para dañar al prójimo y a la sociedad en su co nj un to .

El derecho de huelga, fué también reconocido por la Encíclica de hace cien años, y posteriormente reafirmado en otros documentos de la Iglesia, aunque siempre se ha señalado esta medida como " extrema ", y sujeta a normas de moralidad. No puede acudirse a ella, sino agotados otros medios medios de solución, y, como sucede con la guerra, no puede usarse de cualquier manera, sino proporcionadamente, sin causar mayores males y sin reemplazar un abuso por otro abuso. Si el trabajador generalmente está en situación de inferioridad y como parte más débil requiere de mayor protección de la autoridad puede recurrir, a falta de adecuada y oportuna justicia, al medio extremado de la huelga, no puede luego abusar de la situación de mayor fuerza para imponer cualquier condición y atropellar el derecho de otros. Los excesos de la huelga, además de implicar injusticia, dañan la caridad, enfrentan las clases sociales y hacen más difícil el avance concorde por el sendero del bien común; a veces, los excesos de unos trabajadores resultan muy dañinos para otros trabajadores, tal vez, más moderados y aún mayormente necesitados de protección. Hay que considerar, pues, con mucha prudencia este conjunto de circunstancias para juzgar sobre la legitimidad del uso de este " medio extremo ". Desde luego, la buena organización de la sociedad, la eficacia de la intervención de la Autoridad y el buen espíritu cristiano de empleadores y trabajadores, debería eliminar esta medida que siempre resulta violenta y por lo mismo indeseable, como indeseable es toda guerra.

Los problemas sociales hoy día no pueden resolverse adecuadamente si no es mediante una justa y caritativa colaboración entre los Estados. Nada sucede ahora en el mundo que no tenga repercusión en el resto de naciones; nadie es absolutamente independiente, ni los países pobre ni los ricos, ni los deudores ni los acreedores; por esto, desde Pio XII, principalmente, han insistido los Pontífices en la necesidad de ordenar la economía y la política, con miras universales, tratando de llevar los beneficios de la civilización a los pueblos de la tierra, sin

excluir a ninguno. La colaboración entre los Estados para un desarrollo armónico, para vencer los grandes males del hambre, la carencia de condiciones higiénicas adecuadas, la deficiencia de vivienda, el mismo desempleo, etc., supone sobreponerse a los egoismos nacionales, más acentuados a veces que los personales, resulta difícil, pero el cristianismo —que siempre se ha enfrentado con los males del mundo—, puede vencer también estas graves dificultades y propugnar el entendimiento fraterno entre los diversos continentes y Estados de la tierra. Tal vez esta constituye en nuestros días la tarea más ambiciosa y sublime que se plantea a los cristianos. Si el Evangelio debe informar la conducta de cada individuo, si debe ser la luz de los hogares, la inspiración de las sociedades menores y mayores, debe también orientar la marcha de los Estados y sus relaciones internacionales. Cuanto ganaríamos todos, si los principios de justicia y de caridad guiaran la política internacional, si, deponiendo los egoismos internacionales, los odios, las venganzas, los prejuicios raciales o de cualquier género, la humanidad entera trabajar para dar gloria a Dios, reconociendo lo que es propio de cada uno, dando a todo hombre capacidad efectiva de trabajar y de llevar una vida propia de un hijo de Dios. Este sublime ideal cristiano resume las aspiraciones sociales de la hora presente y redundará en beneficio y solución de los problemas más particulares, a veces más dolorosos, pero siempre menos importantes que estos que abarcan al mundo entero.

Esperemos que la visión cada vez más católica, más universal, de gobernantes y gobernados, lleve al mundo y a nuestro país en particular, por la vía del cumplimiento de los grandes postulados de la justicia y la caridad sociales.
